



Palabras del doctor Gerardo Hernández

Evento de presentación de la Lechuga en el Louvre
Paris 19 de Septiembre de 2017
11:45 a.m.

El objetivo principal de estar aquí es agradecer en nombre del Banco de la República de Colombia al Museo del Louvre, al Año Colombia Francia, al Ministerio de Cultura y a la Cancillería, al Instituto Francés y a la Embajada de Colombia en Francia. Gracias a todos por la oportunidad de mostrar en este Museo la custodia de la iglesia de San Ignacio de Bogotá, conocida como "La Lechuga", la joya barroca de nuestra colección de Arte del Banco de la República.

No obstante aprovecharé para contarles una corta historia sobre esta pieza que es oportuna para un año de intercambio cultural y para el mensaje de paz que Colombia envía al mundo en estos tiempos.

Hace 310 años, en 1707, en un taller en Santa Fe de Bogotá, un artesano catalán, José de Galaz, junto a un grupo de orfebres locales, terminaron esta custodia encargada por los jesuitas para la Iglesia de San Ignacio en la plaza central de la ciudad. Su función era clara: acompañar las procesiones de Corpus Cristi, ritual central del proceso de aculturación que se vivía en la multiétnica colonia española.

La Lechuga cuenta la historia de la amalgama racial, económica, religiosa y cultural sobre la que se fundó la cultura latinoamericana. Los cinco kilogramos de oro con los que está hecha fueron extraídos por esclavos en los yacimientos auríferos en Antioquia. Las 1700 esmeraldas que le dan su apodo vienen de las minas de la zona andina, las mismas que los indígenas muisca trabajaban desde tiempos prehispánicos en sus ofrendas votivas. Las perlas barrocas fueron extraídas por indios y negros en las granjerías de las costas del Caribe. El diamante y las amatistas llegaron de África y Asia en el comercio transatlántico que alimentó ese primer momento de la modernidad conocido como el Barroco. En ese gusto por la ornamentación, la precisión y la complejidad en la representación, se sintetizó

la unión cultural entre África, Europa y América; en éste deslumbrante objeto que nos permite hoy entrar en diálogo con un museo emblemático para el mundo.

Pero su historia no para ahí. Los siglos subsiguientes trajeron las dificultades políticas que han hecho nuestra historia y los jesuitas estuvieron varias veces en el centro de las vicisitudes. La custodia resistió tres expulsiones de los jesuitas: la de 1767 bajo el Rey Carlos III, la de 1850, durante el gobierno del presidente José Hilario López, y la última, cuando el presidente Tomás Cipriano de Mosquera desamortizó los bienes de las comunidades religiosas en 1861. La pieza nunca salió del país y se cuenta que logró estar a salvo en un principio gracias a familias que la protegían en sus casas y por último en la cripta de la iglesia de San Ignacio, en una tumba



designada para un sacerdote falso, donde habría sido sepultada en un ataúd de madera luego de hacerle un funeral. El secreto se mantuvo por años y la Lechuga permaneció a salvo en su tumba. Mucho del patrimonio colombiano ha salido del país o se ha perdido, en parte por los conflictos sociales a lo largo de los años. Pero La Lechuga es un testigo de aquello que se ha preservado gracias al empeño de muchos ciudadanos anónimos a través de los siglos.

Hacia 1985 Colombia había entrado en una espiral de conflictos y las múltiples violencias cobraban víctimas en todo el territorio. El patrimonio religioso de las iglesias comenzó a ser amenazado. Al mismo tiempo, varios jesuitas buscaban contribuir a la transformación social necesaria para buscar una resolución pacífica. La Compañía optó por vender La Lechuga y con el dinero obtenido iniciar en el Magdalena Medio el Programa de Desarrollo y Paz, liderado por el padre Francisco de Roux. El Banco de la República decidió comprarles la joya barroca y asegurar su preservación en un Museo para convertirla así en patrimonio cultural de todos los colombianos. El Programa de Desarrollo y Paz se ha convertido una iniciativa de gran impacto que dio origen al primer Laboratorio de paz. Estos dos programas

han sido apoyados por el Banco Mundial y por la Unión Europea y son modelos de gobernanza y empoderamiento de la sociedad civil frente a procesos de construcción de convivencia y desarrollo local. El Banco de la República desde entonces la ha protegido y hoy la exhibe en el Museo de Arte Miguel Urrutia -MAMU- en Bogotá.

Como el objeto barroco y complejo que es, La Lechuga cifra en sí misma la historia de conflicto y persistencia de nuestro país. Es una metáfora de lo que somos: una amalgama de culturas y riquezas, una red de historias tejida por la sociedad civil que ha resistido, con no poco ingenio, junto a instituciones que trabajan por proteger nuestro patrimonio cultural. Pero el mayor significado de la Lechuga está en su belleza sin tiempo. Nos recuerda que los protagonistas de los conflictos llegan y se van, pero el arte producto del trabajo humano permanece en un objeto como éste para que podamos entablar diálogos con el mundo sobre el país que somos y el que soñamos ser.

Muchas gracias.

Paris, Francia.